

Alejandro Bernardo Goransky

DNI: 13.487.768

Licenciado en Ciencias Políticas

E – mail: alejandrogoransky@speedy.com.ar

Adscripto Graduado en equipo de investigación en trabajo sobre “San Juan, aplicación del modelo de acumulación vigente en una provincia periférica” dirigido por la Dra. Alicia Naveda, Directora del Instituto de Investigaciones Socioeconómicas de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de San Juan.

Ernesto Laclau: Populismo y Kirchnerismo

El propósito de estas líneas es indagar sobre el cúmulo de reflexiones de Laclau, autor argentino, residente en Londres, donde es catedrático de la Universidad de Essex, para intentar engarzar su “corpus teórico” con el modelo de “acumulación, con diversificación productiva e inclusión social” que según la Presidenta Cristina Fernández de Kirchner es el que rige en nuestro país desde 2.003 a la fecha.

Vale decir, intentamos saber si al fin, el kirchnerismo remite al mentor del populismo en los círculos académicos o si, por el contrario no encontró aun su “lecho de Procusto” en el cual encaje su praxis diaria en comparación, si se quiere, con el desarrollo de otras experiencias latinoamericanas que son contemporáneas a la argentina. Desde ya, que desde la derecha vernácula, se asimila al kirchnerismo con un régimen “populista” en el sentido clásico con el que ellos lo defenestran: se trata de un/a líder de masas que, con actitudes demagógicas, atrae al populacho que se identifica con el mismo y se sostiene así con el voto de las mayorías, ese “abuso de las estadísticas” con que alguna vez identificó Jorge Luis Borges a la democracia.

Claro que el excepcional escritor no pudo (ni quiso, tal vez) comprender a un movimiento como el justicialista en nuestro país, pero vamos a encontrarnos con esta visión diferente de lo que se entiende por populismo a partir de Laclau: “Dicotomización del espacio social por el cual los actores se ven ellos mismos como partícipes de uno u otro de dos campos enfrentados. Implica la equivalencia entre las demandas insatisfechas, la cristalización de todas ellas en torno a ciertos símbolos comunes y la emergencia de un líder”. Hasta aquí, una definición aséptica, totalizadora de lo que el populismo puede ser, en particular, como forma de gobierno, cabe preguntarse si representa un orden alternativo al vigente.

Para adentrarse en Laclau, partamos de una demanda individual, cual puede ser por ejemplo, solicitar a la municipalidad que el servicio de transporte público de pasajeros pase por el barrio para así poder llegar con más rapidez al centro de la ciudad. Aquí tenemos pues un caso de un demandante que peticiona ante el organismo correspondiente, al cual le reconoce facultades para resolver el caso, y es más, adscribe

a su autoridad, mas allá de que quienes la ejercen coyunturalmente sean o no de su agrado. Hay dos posibilidades: su demanda es satisfecha, es decir se institucionaliza, y como demanda individual es absorbida por el sistema. Si su demanda no es atendida, nuestro sujeto podrá percibir que hay otros individuos en su misma situación respecto de otras demandas (por ejemplo, un dispensario en el barrio, la recolección de basura, la pavimentación de una calle, etc.) Si se juntan estos individuos y forman un colectivo que ahora mas que peticionar, reivindica sus derechos, estamos ante relaciones equivalenciales de demandas insatisfechas. En esa solidaridad de los demandantes subyace la posibilidad de una ruptura populista ante la imposibilidad del organismo institucional de satisfacerlas.

Observamos así una lógica social de la diferencia y la equivalencia: la primera es institucionalista, ya que las demandas sociales son individualmente absorbidas por el sistema. La segunda en cambio representa varias demandas que están insatisfechas, entre las cuales existe una relación de solidaridad. El desafío latinoamericano para Laclau es crear estados viables, en los que el momento vertical, desde la administración hacia el pueblo, y el momento horizontal, dado en las organizaciones movimientistas populares que son demandantes; momentos ambos que se articulan en la política guarden un cierto equilibrio. Laclau no concibe, por cierto, una sociedad en la cual se vean cubiertas la totalidad de las demandas de la población, esa que podría coronarse en la utopía marxista con la clase vencedora en lo que será la faz comunista de la sociedad (a cada uno según su necesidad, de cada quien según su capacidad) donde se enterrarán todos los antagonismos y contradicciones, el Estado se suprimirá y viviremos en una sociedad armónica, sin clases enfrentadas.

Por ello discrepa de Marx en dos de sus premisas fundamentales: “La historia de la humanidad es la historia de la lucha de clases” donde marca que aquí hay antagonismo sin contradicción. La otra es la que Marx señala en el Prefacio a la Contribución a la Crítica de la Economía Política en cuanto que “es el ser social el que determina la conciencia de los hombres”: aquí hay contradicción sin antagonismo. Pero claro está que deja de lado las categorías de la dialéctica por las cuales se identifican antagonismos y contradicciones, a saber, unidad y lucha de los contrarios, cantidad y calidad y negación de la negación.

Pero volvamos al populismo en nuestro autor: para identificarlo como tal, nos dice que es necesario pasar del análisis de movimientos o ideologías a las prácticas políticas concretas. Si ya contamos con un Sujeto popular en un agrupamiento equivalencial de demandas democráticas, que en el caso hipotético que presentábamos se aglutinaban en transporte, salud, infraestructura vial, educación, etc.; tenemos así una pluralidad de demandas insatisfechas y creciente incapacidad del sistema institucional para resolverlas, estamos aquí en presencia potencial de una ruptura de carácter populista.

Como requisito sine qua non tenemos que hallarnos ante una división social en dos campos: el poder y los desamparados, es entonces cuando las demandas dejan de ser peticiones particulares y se transforman en reivindicaciones sociales, que se derivan de

relaciones equivalenciales que forman una subjetividad popular para afrontar la construcción dicotómica de lo social en torno a una frontera interna, esto es, que no hay populismo sin construcción discursiva de un enemigo (la oligarquía, el establishment). Cuando una demanda particular, sin abandonar su propia particularidad, comienza a funcionar como un significante que representa la cadena de demandas como una totalidad, es decir, una cadena equivalencial inconmensurable con ella misma, es a esto a lo que Laclau llama hegemonía. La construcción de una subjetividad popular solo es posible sobre la base de la producción discursiva de “significantes tendencialmente vacíos”. En el límite, la función homogeneizante es tan solo desempeñada por un nombre, el nombre del líder. Laclau también señala como una característica importante del populismo, de que en él se ven satisfechas las demandas de los sectores desposeídos.

Vamos entonces a ubicarnos en la crisis del 2.001 en nuestro país: hay una serie de demandas que se expresaron en el conjunto de la población, trabajo, salud, educación, ingresos insuficientes, que por no poder ser satisfechas por el poder, en ese entonces el gobierno de la Alianza, derivaron en demandas equivalenciales de la sociedad que terminó por expresarse en la calle con el “que se vayan todos”. Aquí la cadena equivalencial, fruto de la pluralidad de demandas insatisfechas, dio paso a la ruptura con el discurso dominante alrededor de una gestión eficiente sin corrupción, pero dentro de los parámetros heredados del gobierno anterior (convertibilidad, privatizaciones, flexibilidad laboral, apertura de la economía, etc). Esa cadena equivalencial irrumpió con otra consigna unificadora: “piquete y cacerola, la lucha es una sola”, expresión de solidaridades de los sectores afectados.

La salida de la crisis tuvo como interregno, el gobierno del Dr. Eduardo Duhalde, quien al frente de una coalición de gobernadores y legisladores justicialistas, y con el apoyo explícito de una atribulada dirigencia radical, en el medio de la turbulencia de las manifestaciones sociales de todo tipo que se dieron en su período, que tuvo como punto más álgido la masacre de Avellaneda que acabaría con la vida de dos jóvenes dirigentes, Kosteki y Santillán, derivó finalmente en el llamado a elecciones de Marzo de 2.003, que ungieron como Presidente de los Argentinos, con sólo el veintidós por ciento de los votos, a el Dr. Néstor Carlos Kirchner, luego de la defección de quien fuera el ganador de esas elecciones a el ballotage, el Dr. Carlos Saúl Menem.

Comienza entonces el período de gobierno de un ignoto gobernador santacruceño, quien en su discurso inaugural promete “no dejar en la puerta de la Casa Rosada las convicciones que lo llevaron a ella”, junto a la convocatoria a los ciudadanos a un sueño común en el que vivamos en una sociedad que otorgue trabajo, educación, vivienda, salud, todo esto en el marco de un “capitalismo serio” que privilegie al sector de la producción sobre el financiero. Si buena parte de la dirigencia política, social, empresarial en ese entonces creyó que estábamos ante “uno más” de los tantos políticos que tenemos entre nosotros, que sería un alumno aplicado que cumpliría los deberes usuales que figuraban en su propuesta, es decir, superávit fiscal y comercial para pagar la deuda, después, nos hacemos cargo de lo demás, se equivocaron.

Néstor Kirchner comprendió que no se podría gobernar sin atender las necesidades sociales de una población cuyos niveles de pobreza ascendían al cincuenta y tres por ciento y de indigencia al veintidós por ciento: algo debía cambiar (¿para que nada cambie?) Es ahí donde priorizó esas demandas insatisfechas, demandas equivalenciales, recordemos, en el esquema de Laclau, a partir de los Planes Jefes y Jefas de Hogar, heredados de la gestión duhaldista, los Planes Trabajar, y otros planes sociales implementados en la emergencia. De dónde saldría el dinero para implementarlos, eso vendría en primer lugar como consecuencia de la situación de default, es decir, de la cesación de pagos de capital e intereses de la deuda externa por un lado, y por otro, del cobro de derechos de exportación a el sector agrario, que generaron las divisas necesarias para atender esas necesidades.

Por otra parte, el uso de la capacidad ociosa instalada, que con posterioridad a la crisis bordeaba el cuarenta por ciento, mas un nuevo proceso de acumulación originaria de capital, con la ayuda de sectores de la burguesía local y de las multinacionales, mas el precio excepcional, siempre en alza de los “commodities” que Argentina coloca en el mercado internacional (principalmente soja) nos permitieron cumplir holgadamente con las metas propuestas por el Fondo Monetario Internacional (superávit del tres por ciento del PBI) e iniciar un ciclo de crecimiento espectacular de la economía, a tasas del ocho al nueve por ciento anual hasta ahora, con las excepciones de los años 2.009 y el actual, cuando estalló la crisis económica mundial y en el presente, en que esta recrudesció.

Sin embargo, todas estas señales de la economía, no alcanzan para explicar el fenómeno del kirchnerismo, hay que decir que la pareja presidencial, Néstor y Cristina, supieron tomarle el pulso a la sociedad, y extraer, de las demandas equivalenciales, algunas imprevistas, como fue la política de Derechos Humanos, con la anulación de las Leyes de Obediencia Debida y de Punto Final, la renovación de los miembros de la desprestigiada Corte Suprema de Justicia, la reanudación de los juicios a los represores de la última dictadura militar, concomitante con actos de gran contenido simbólico, como fue el de ordenar al Jefe de las FF. AA., bajar el cuadro del genocida Videla en el Colegio Militar, o la transformación de la sede de la ESMA, el mayor centro clandestino de detención, en un espacio destinado al desarrollo de actividades culturales de organismos de Derechos Humanos.

Apareado a ello, la creación de más de tres millones de puestos de trabajo, la anulación del régimen de las AFJP para el regreso al sistema de reparto, y con ello, la incorporación de un millón ochocientos mil nuevos jubilados, la reapertura de las paritarias, en las que las representaciones de los trabajadores discuten con las patronales no sólo los salarios, sino también las condiciones laborales, la Reforma de la Carta Orgánica del Banco Central y la reasignación de funciones a dicha entidad, la creación de aproximadamente mil nuevos establecimientos escolares, la creación de nuevos hospitales mas la reparación edilicia de otros en distintos puntos del país, la puesta en marcha de Atucha III, la construcción de un nuevo dique como Caracoles, la extensión de las redes de energía eléctrica, la reparación de redes de riego, en fin, todo lo que se hizo en el transcurso de estos años, es innegable, mas allá de con quiénes se hizo,

quiénes fueron los beneficiados del “modelo”, por qué se hizo, todo lo cual no es tema de reflexión en este trabajo.

Ya tenemos demandas equivalenciales que fueron satisfechas por la institucionalidad vigente, tenemos también los líderes (Néstor y Cristina) que encabezaron este proceso, con perdón de la palabra, nos falta pues, la dicotomización del espacio social. ¿Hay hoy tal binarismo (por ejemplo, los K y los anti K) tras el cual se reagrupe la sociedad? Tal vez así sea, pero no es tan furibundo como lo fue la escisión entre peronismo y antiperonismo en el período 1.946 – 1.955. Desde el gobierno, o para mejor decir, desde sus usinas mediáticas, la construcción del enemigo existe: este no es otro que el Grupo Clarín. Ante la incapacidad de todo el espectro político opositor en presentar una opción aglutinadora de un sector importante de la sociedad que sea atrayente, ya sea a través de un núcleo de ideas o de una personalidad carismática del estilo de lo que fuera el Dr. Raúl Alfonsín, por ejemplo, es el multimedio, personificado en la figura de su CEO, Héctor Magnetto en el que se sitúa la construcción discursiva del enemigo...

Bien, todo da para pensar que finalmente Laclau encontró en su propio país, el modelo de populismo soñado que armó en los escritorios de Essex junto a su señora, Chantal Mouffe. Pero sigamos con el pensamiento de este autor, que nos dice que es prerrogativa del populismo (sobre todo en nuestro país) un presidencialismo fuerte, donde la relación líder – masa se vea solidificada, dado que si tuviésemos un régimen parlamentarista, donde los cargos son consecuencia de relaciones clientelísticas entre votantes y legisladores, se diluye entonces la posibilidad de erigir un populismo, puesto que las demandas equivalenciales se verían afectadas por esa posibilidad y serían absorbidas por la institucionalidad.

Además, el populismo no admite un encorsetamiento de “izquierda” o “derecha”, pues a un significativo vacío (la desocupación, la inseguridad, el hambre, la soberanía, cualquiera sea) lo puede tomar un partido, una facción, un movimiento de cualquiera de estos dos signos. Si podíamos observar que como pos marxista que se define el autor, negaba la lucha de clases, a lo que se sumaba también su desdén por lo expresado por el hombre de Tréveris en cuanto que es la conciencia social la que determina la existencia de los hombres (para Laclau, un hecho fortuito a veces, o que carece de nexo con el acontecer posterior en otras ocasiones, puede desencadenar una situación que abra la posibilidad del surgimiento de un populismo) lo lleva a una casuística capaz de justificar los regímenes mas aberrantes de la historia.

Así, arbitrariamente, señala como regímenes populistas a Mao, Peron o Mussolini, dado que en los tres aparece la figura del líder, en los tres se constituye la masa que engendra demandas equivalenciales, en los tres, la institucionalidad antes vigente era incapaz de satisfacer esas demandas, en los tres surge el antagonismo representado en forma binaria (Braden o Peron, por ejemplo), en los tres, sin embargo, no se puede decir que arribamos a una “democracia radicalizada” como sería el deseo de nuestro autor. Ya que nos encontramos en estas disquisiciones, ¿no sería populista también un régimen como el de Hitler? ¿Y el de Francisco Franco? ¿El de Fidel Castro por qué no?. Y así

indefinidamente, sin distinguir en absoluto las ideas que representan, que se sustenten en el apoyo popular o en el terrorismo mas despiadado, que signifiquen los intentos de superación de sociedades sometidas por el yugo de la explotación y el expolio o que lleven a los mas espantosos conflictos bélicos de que tenga memoria la humanidad sumado al monstruoso Holocausto...

Pero si volvemos a nuestro país, el ideario de Laclau, que como vemos podría derivar en peligrosas desviaciones hacia regímenes autoritarios o represivos cuanto menos, cunde en las filas oficialistas. Hay muchas interpretaciones acerca de lo que el kirchnerismo representa en realidad, sin adjudicarse uno mismo poseer la verdad absoluta, podemos señalar que Argentina adscribe al papel extractivista a mansalva de sus recursos naturales en beneficio de las transnacionales y los monopolios en el sector agrícola, el de hidrocarburos y, más recientemente, el de la megaminería. Este es el rol que le asignan las potencias centrales en el grupo de los 20, del que nuestro país forma parte, en el Council of the Américas, núcleo de los grandes capitales norteamericanos, en la Europa de la Troika (Banco Central Europeo, FMI y Bruselas) con quien nos asociamos en un Tratado de Libre Comercio a través del Mercosur.

¿Contradicciones, forcejeos entre distintas fracciones del capital, “desobediencias” al Consenso de Washington? Claro que sí, pero todo sea en aras de sostener al “capitalismo serio” con el que nos va de maravillas, salvo el millón setecientos mil de pobres y los trescientos cincuenta mil indigentes que nos reportan las siempre insondables cifras de nuestro INDEC. A ellos no los alcanza la famosa “acumulación, con diversificación productiva e inclusión social”.

Volvemos así a nuestro autor para profundizar un poco mas en su pensamiento: el critica en Karl Marx el reduccionismo del concepto de clases que se vería simplificada más aun en la clase obrera en particular: ¿es posible identificar hoy la clase en los grandes talleres y fábricas situados en los alrededores de las grandes urbes europeas tal como se comenzaba a dar en forma incipiente, sobre todo en Inglaterra en el siglo XIX? ¿O debemos señalar que con la deslocalización, con las nuevas tecnologías de punta como la robótica y la informática hoy tenemos maquinarias que son capaces de remplazar (y así lo hacen) el trabajo de cientos o miles de personas?

De allí se deviene que no será esta, la clase obrera industrial específicamente, el sujeto trascendental de los cambios sociales que se llevarán adelante; hay además una miríada de nuevas subjetividades en búsqueda de sus propios objetivos que trazan así nuevas “cadenas equivalenciales”: por ejemplo, el movimiento de mujeres, los grupos ecologistas, las minorías étnicas, religiosas, sexuales, todas las cuales atraviesan con sus demandas, que dejando de ser tales se constituyen en reivindicaciones que componen las “cadenas” a las que hacemos referencia para expresar puntales de verdaderos avances que conformen sociedades más equitativas.

Además, critica en Marx el “objetivismo” en la comprensión de las relaciones sociales, esto es, que la sociedad deba ser entendida como un conjunto objetivo y coherente a partir de fundamentos o leyes de movimiento que son conceptualmente asequibles

(modos de producción, relaciones de producción, estructura de las fuerzas productivas, clases sociales, lucha de clases como motor de la historia) Para Laclau, “todo orden social solo puede afirmarse en la medida en que reprime un exterior constitutivo que lo niega, lo que equivale a decir que el orden social nunca logra constituirse a si mismo como orden objetivo” (Laclau, “Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo”, Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 2.000).

Ese “orden objetivo” al que, en la sociedad sin clases, sin antagonismos, en armonía absoluta se arribaría en el ideario de Marx... Lejos de eso, siempre para Laclau sobrevuela en la sociedad un grado de conflictividad, a partir de los antagonismos, que tomando una categoría del lingüista Saussure, es portadora de significantes, que en el constructo discursivo se encuentran “vacíos”, hasta que la misma sociedad encuentra los enunciados que los expresen y los sujetos capaces (el líder) de resolverlos... Hay un ser de los objetos - y de la historia y de la sociedad entre ellos – que constituye su realidad final y que permanece allí, a la espera de ser descubierto. La objetividad es por lo tanto, una construcción social, que está permeada por una radical contingencia de lo social que se muestra en el antagonismo.

Si la fuerza que se presenta como antagonista niega la identidad de otra fuerza preexistente, el mantenimiento de esa identidad depende del resultado de una lucha; y si el resultado de esa lucha no está garantizado por ninguna ley a priori de la historia, en tal caso toda identidad tiene un carácter contingente. Y si el antagonismo es el “exterior constitutivo” que acompaña la afirmación de toda identidad, en tal caso toda práctica social será, en una de sus dimensiones, articulatoria. Por articulación se entiende la creación de algo nuevo a partir de una dispersión de elementos.

Si la sociedad tuviera en su última instancia una objetividad, en ese caso las prácticas sociales, inclusive las más innovativas, serían esencialmente repetitivas: ellas serían sólo la reiteración o explicitación de algo que estaba allí desde el comienzo. Y esto se aplica entonces a la teleología marxista: la clase “en si” ya estaba allí, la transición al “para si” no es mas que la consecuencia de las leyes del desarrollo social. En cambio, si la contingencia penetra toda identidad, y limita, consecuentemente, toda objetividad, en tal caso no hay ninguna objetividad que pueda constituir un “origen”: el momento de la creación es radical y ninguna práctica social, ni siquiera los actos más humildes de nuestra vida cotidiana, son enteramente repetitivos.

Pasamos a un ejemplo para constatar en la práctica los enunciados de Laclau: cuando en Marzo de 2.008, el entonces Ministro de Economía, Martín Lousteau, quiso llevar a cabo los postulados de la hoy recordada Resolución 125, por la cual se consagraba la movilidad de los porcentajes de recaudación de las tasas de los derechos de exportación, popularmente conocidas como “retenciones”, surgió entonces, una oposición cerril a tal medida, que tenía su máxima expresión en la “mesa de enlace” de las entidades agropecuarias que integraban instituciones históricamente confrontadas entre si como la Federación Agraria y la Sociedad Rural.

Desde lo discursivo, el sector afectado por la medida gubernamental era “el campo”, sin distinción de los actores sociales que lo integran en razón de clases sino como una totalidad. Como podemos observar desde el principio, el conflicto no se suscita en términos de clases sociales enfrentadas, sino en un conjunto heterogéneo que se enerva frente a la voracidad fiscal del Estado, según fueron elaborando en sus discursos los dirigentes de ese sector. Tenemos pues, la “exterioridad constitutiva” (la resolución gubernamental) que expresa el antagonismo, que intenta negar la identidad de un sector social, el cual se nuclea en torno a un conjunto de líderes que engarzan en el discurso, aquél “significante vacío” que se encuentra afectado, expresado genéricamente en “el campo”, identidad que posee el atributo de la contingencia, esa “radical contingencia de lo social” que está permeada por el antagonismo. La resultante del conflicto es que no converge en una presunta síntesis armoniosa que esté prestidigitada por ley objetiva alguna, sino que presenta un nuevo punto de equilibrio inestable que nos permite intuir otro conflicto en ciernes, en el cual el conjunto de sectores afectados que presenten una nueva cadena equivalencial de demandas, no tiene por qué ser exactamente el mismo....

En lo concreto del caso, el “triumfo” de la mesa de enlace no fue concomitante con la constitución de una fuerza política, o una alianza o frente de fuerzas preexistentes que le disputaran poder al oficialismo, por causas que no señalizaremos aquí, pero que nos interesa marcar en lo que el autor describe como “hegemonía”: “significa la articulación contingente de elementos en torno de ciertas configuraciones sociales – bloques históricos – que no pueden ser predeterminadas por ninguna filosofía de la historia y que está ligada a la lucha concreta de los agentes sociales. Por concreto quiero decir específico, en toda su humilde materialidad e individualidad y no en la medida en que ellas encarnan el sueño de los intelectuales acerca de una clase universal” (Laclau, ob. cit., pág. 194).

Como se puede observar, el autor “deconstruye”, según sus términos, no solo a Marx, sino también a Gramsci, en este caso, en su concepto de hegemonía. Para el escritor de los recordados “Cuadernos de la Cárcel”, hegemonía es el rol de dirección política y cultural que ejerce un grupo social sobre el conjunto de sus aliados y toda la sociedad, y que condiciona la conquista y el ejercicio del poder. El concepto de hegemonía gramsciano se entronca con cuestiones de alianza de clases y grupos sociales en una síntesis de dirección y dominación, que debe ser entendida como capacidad de un determinado grupo para dirigir a sus aliados y como acción de fuerza hacia sus adversarios.

Entonces hegemonía es esta mezcla de dirección y dominación, que desde la clase dominante se extiende a las clases subalternas. Claro que Gramsci señalaba que esta dominación, de contenido ético y político descansa sobre la base material de carácter económico. Y si por bloque histórico, Gramsci señalaba al tipo de unidades históricas que se constituyen por encima de las voluntades individuales, aunque por intermedio de ellas, cuya constitución se asienta en clases o grupos concretos por su situación en la sociedad, dónde sus ideas cumplen un rol fundamental en lo que respecta a su cohesión...

En fin, síntesis de consenso y coerción, sociedad civil y sociedad política como elementos constitutivos de la superestructura del Estado, a través de sus aparatos privados (escuela, iglesia y prensa) y las fuerzas coercitivas (policía y FF. AA.) inherentes al mismo, son los elementos con que cuenta el bloque histórico para esparcir la ideología dominante en el seno de toda la sociedad, por ende, también en las clases subalternas. Así, observamos que en este caso, la “deconstrucción” que Laclau hace del pensamiento del hombre de Cerdeña termina alejándolo por completo del mismo, como le sucediera con Marx.

Es que la “articulación contingente” de ciertos elementos que por azar, al menos no se entiende de otra forma posible, dan lugar por medio de la hegemonía a la consecución de bloques históricos, donde no hay lugar para el estudio de las relaciones sociales precedentes que dieron origen a esa construcción de hegemonía, ya que debemos atenernos al hecho constitutivo de la misma que repetimos, para Laclau tiene carácter aleatorio, por lo que no podemos afirmar, hasta tanto “el significante vacío” sea llenado por el constructo del líder y la masa que le sigue que “encuentra” de repente, las respuestas esperadas a las cadenas equivalenciales.

Así, si no hubiera existido un 17 de Octubre, tal vez Juan Domingo Peron y su esposa María Eva Duarte, se hubiesen recluido en el retiro militar, luego de la estadía en la isla de Martín García, o si nos remontamos un poco más atrás, si el 15 de Enero de 1.944 no hubiese ocurrido el fatal terremoto que destruyó a San Juan, el entonces Coronel Peron jamás hubiera conocido a Evita. Y así, no tendríamos esto que conocemos por peronismo...

Damos por sentado que el azar juega su papel en la Historia, pero esta no es una sucesión de hechos (elecciones, batallas, surgimiento, apogeo y caída de imperios, etc.) que si bien son susceptibles de un racconto cronológico tiene un hilo conductor en las condiciones de la vida material de los hombres que entablan determinadas relaciones de producción acordes a los modos de producción vigentes y a la estructura de las fuerzas productivas, lo que hace al ser social vigente que determina la conciencia de los hombres, tal como lo citara Marx en el prólogo a la Contribución a la Crítica de la Economía Política.

Esto es, ateniéndonos al materialismo histórico de Marx, cómo podemos estudiar qué determina los móviles de las masas, a qué se deben los choques de ideas y aspiraciones contradictorias, cuales son las condiciones objetivas de producción de la vida material que forman la base de toda la actuación histórica de los hombres, cual es el hilo conductor que explica su accionar que es en fin, la historia de la humanidad, que no es otra que la historia de la lucha de clases. Y volvemos así a Laclau, que como señaláramos desde un principio, desestima estas categorías fundamentales del pensamiento marxista para entronizar a sus “agentes sociales” que se difuminan entre las clases sociales a las que no reconoce como tales y que en base a articulaciones contingentes que se pueden dar en cualquier tiempo y lugar, mediante la creación de sus “cadenas equivalenciales” puede dar lugar a su democracia radicalizada.

Democracia que se inscribe, claro está, en lo que Atilio Boron denomina capitalismo democrático, que desde su superestructura jurídico política (separación de poderes, contrapesos entre estos, libertades individuales, derechos de la ciudadanía, etc.) oculta desde lo formal la esencia real de la opresión de las clases dominantes sobre las clases subalternas que está dada por la base material en que se asienta la sociedad en estudio, es decir, su estructura. Democracia que en el mejor de los casos, no ha de pensar jamás en soliviantar los límites de esta opresión para erigir una sociedad que destierre la explotación del hombre por el hombre, la sociedad socialista.

Es por esto que desde la perspectiva de Laclau, su “democracia radicalizada” pierde el horizonte del socialismo y se contenta con mantener dentro de los límites del capitalismo la resolución de las “demandas equivalenciales”. Como no hay un decurso histórico previsto por ley alguna, el populismo puede devenir en un régimen fascista, nazi, fundamentalista religioso según el tipo de liderazgo que se presente y la “construcción discursiva” del enemigo del caso (los judíos, los infieles, la oligarquía, y así de seguido). Se necesita del “demiurgo” que venga a construir el relato del porqué una relación histórica de subordinación que puede ser aceptada por el subordinado, pase a ser tomada como una relación de opresión (así del esclavo con el amo, del siervo con el señor feudal, de la mujer con el varón, etc. ¿y del proletario con la burguesía no sería así? No en cuanto a clases sociales para nuestro autor).

Ese relato que llene el “significante vacío” y sitúe en un nuevo equilibrio inestable, por supuesto, a estas, nuestras “democracias radicalizadas”. En nuestro país, la teoría de Laclau parece encajar como anillo al dedo en la épica kirchnerista, que en ningún momento se planteó un carácter revolucionario a su gesta, sino intentar, simplemente, mediante un estímulo de la demanda agregada, a partir de la intervención del Estado en la economía llevar adelante, como dijéramos al principio de este ensayo, este proceso de “acumulación, con diversificación productiva e inclusión social” en el marco de un esquema de tipo desarrollista.

Sirve para justificar aquello que Antonio Gramsci con brillantez denominara el transformismo, esto es, la cooptación por parte de la clase dominante, de los intelectuales orgánicos de las clases subalternas para descartar cualquier veleidad revolucionaria de las masas y sumergirlas en la conformidad con lo estatuido. Es lo que sucede en la actualidad, en la que muchos sectores de izquierdas, organismos de Derechos Humanos, movimientos sociales, estudiantiles, de mujeres, del sindicalismo y otros, se emblocaron con el oficialismo para arremeter contra ese “enemigo común” que es el Grupo Clarín.

Si alguien les señala que como lo expresa la propia Presidenta de la Nación, la Dra. Cristina Fernández de Kirchner, los sectores de las grandes empresas transnacionales y sus aliadas locales nunca ganaron más dinero que durante estos últimos nueve años en la historia del país que en los años 2.010 y 2.011 se “fugaron” casi cuarenta mil millones de dólares en concepto de ganancias, remisión de utilidades, royalties, “ahorro de los inversores”, que en ningún período anterior de la historia se pagó tanto como en

este en concepto de capital e intereses de la fraudulenta deuda externa, ya que se abonaron mas de sesenta mil millones de dólares en ese concepto, que dados los datos alarmantes de la economía en cuanto a los índices inflacionarios se decidió “matar al mensajero” (el INDEC), que nada bueno podrá construirse a partir de una dirigencia burocrática, por decir lo menos, que en el pasado reportó a Carlos Saúl Menem, luego a Eduardo Duhalde y ahora a Néstor Kirchner primero y a su esposa Cristina Fernández en el presente, se nos calificará de “gorilas”, “destituyentes”, etc.

Para finalizar con Atilio Borón en lo que fue su excelente exposición en el Salón de Actos de la Facultad de Ciencias Sociales, “podrán ocultar el velo de la explotación de la clase obrera y los sectores subalternos por parte de la burguesía y sus aliados, pero ya no pueden ocultar, en su crisis civilizatoria, el traspaso de la frontera en materia ecológica, con el despojo a que nos someten con la soja transgénica y la megaminería...”

San Juan, Febrero de 2.013

Bibliografía:

Borón, Atilio: “Tras el Búho de Minerva”, Editorial Fondo de Cultura Económica, en www.rebelión.org/docs/143861, última consulta, 19 de octubre de 2.012.-

Laclau, Ernesto: “Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo” Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 2.000.-

Laclau, Ernesto: “El Populismo” en www.elortiba.org link Cuadernos del Pensamiento, ultima consulta, 18 de octubre de 2.012.-